



# GABUL

*Por Ada Albrecht*

**A**l nacer, pusieron una lámpara ante sus ojos, y luego de observarlo despaciosamente, la comadrona dijo:

—Este niño que acaba de llegar al mundo, no verá nunca; este niño es ciego.

¡Ay de los juicios endebles y dudosos de los seres humanos! ¡Con qué fuerza de verdad se suelen acuñar las mentiras! Gabul no podía ver el cambiante mundo de *Mâyâ*, pero veía perfectamente el altar luminoso de su corazón, donde se hallaba entronizado su amado Dios Rama.

Había nacido en las afueras de Nadhu, al sur de India, en una pequeña aldea. En ella sólo existía un Templo, y éste se hallaba consagrado al Dios Rama; fue allí donde Gabul pasó toda la vida. Cuando niño, le agradaba permanecer por horas frente a la imagen del Señor Rama, el adorado hijo del Rey Dasaratha. Al contemplarlo, su imaginación infantil creía haber conquistado la visión de todas las cosas. Como Gabul era ciego, la “visión” del universo de su imaginación se hallaba pletó-

rica de sonidos. Todas las *Ragas* del mundo se encontraban en él. Era un universo feliz. Vinas, éctaras, sitares, se reunían en la santidad de las orquestas y ejecutaban músicas que parecían ser hijas del corazón de los Ángeles. El éxtasis de Gabul no tenía límites. Había veces que no regresaba a su hogar, y cuando, por la noche, el sueño lo hacía prisionero, permanecía quieto detrás del altar de Rama en un rincón, esperando su alma la llegada del día para comenzar nuevamente su adoración.

Decía su abuela Nira —reverenciada por todos debido a su gran sabiduría— que así como a veces a una persona le comunican que un rey le ha otorgado una gran fortuna, y así pasa de ser muy pobre a poseer una infinita riqueza, así también, los espíritus humanos, por misterioso designio del Cielo, pueden transmutar una vida donde Dios se halla ausente, en otra vida donde Su Presencia se manifiesta con toda plenitud, abrazando al alma de esa afortunada criatura, y no abandonándola nunca más. Decía Nira que para que Dios nos escoja, una sola cosa es requerida por el Señor, y esto es una plenitud total de Amor. Así como no se puede hablar del esplendor de una rosa semiabierta, tampoco es posible hablar de un alma poseída por la Gracia Divina si ésta no ha terminado aún de florecer.

El niño Gabul, el niño ciego, parecía estar lleno de esta Gracia. Los mayores dudaban de ello, pero dejaron de hacerlo

cuando Gabul comenzó a efectuar milagros en la aldea donde vivía. Durante una gran sequía donde los monzones parecían estar ausentes, y por cuya causa los animales morían de sed, lo mismo que las cosechas de los campesinos, Gabul pidió a su Señor que el cielo floreciera en lluvias, y así fue. Ésta abrazó la tierra, llenó el cauce de los ríos, cubrió los campos y bendijo a todos con el agua abundante de las nubes. Otra vez, en que las barcas de caña de los pescadores parecían hundirse irremisiblemente en el corazón del mar, en un mediodía tormentoso, una vez más Gabul invocó a su Dios, pidiendo ayuda. En esa oportunidad todos hablaron del “milagro de Gabul”, porque era imposible que semejante tormenta finalizara tan súbitamente como lo hizo.

Gabul detenía siempre las calamidades, y como un imán, por donde pasaba, florecía la armonía. Gabul continuó sin ver el resto de su vida, Gabul veía con los ojos del alma. Abrazado a su Gran Amado, a su Dios Rama, contemplándolo en silencio, noche y día en su corazón, iba sembrando la gloria de una Fe poderosa en toda la India sureña. Miles de *Alvars*, miles de Devotos, extrajeron de su océano de Fe, en los hambrientos potecillos de sus conciencias, el agua necesaria para regar los jardines de la Mística. ¡Qué bella, qué inmaculada se hallaba la Madre India durante los cuarenta años que duró la vida de Gabul!

Gabul, abrazado a su Gran Amado, a su Señor Rama, sembró en los corazones de los hombres la Fe en el Señor, y les hizo herederos de la mayor de todas las riquezas, que es la de poseer un corazón enamorado del Reino de los Cielos.

*Del libro Bhakti Sûtras con notas pedagógicas, Ed. Hastinapura*

---